

La pre-historia de la humanidad llega ahora

Rafael Cid (mandado por el autor, a quien agradecemos por su confianza)

Con la complicidad de gobiernos manostijeras, el Estado placebo lidera una guerra de exterminio para engullir la cuota de mercado afecta a los servicios públicos, liquidando derechos y libertades que formaban parte del patrimonio de la sociedad humana. La punitiva ofensiva estatal utiliza la crisis vomitada por la codicia del sistema financiero como excusa para perpetrar el mayor expolio de los tiempos modernos desde que se produjo la brutal expropiación de los bienes comunes en el protocapitalismo. En el futuro, la propiedad privada, según el inmundo modelo de saqueo en marcha, ya no se limitará a los medios de producción, abarcará a todos los órdenes de la vida. Desde la cuna a la tumba seremos sometidos y desiguales para mayor gloria de la Marca España y sus providenciales malhechores.

Pero no es una maldición. Nada está escrito. Sólo de nosotros depende que la crisis actual sea el umbral de una nueva era humanista y democrática, respetando la madre naturaleza como factor de evolución, o que nos abismemos en el ya conocido y devastador código de las leyes del mercado con sus secuelas de falso esplendor material a costa del sacrificio de la mayoría social y la depredación ecocida del medio ambiente.

La recién fallecida politóloga norteamericana Elinor Ostrom, Premio Nobel de Economía 2009, ha demostrado en sus trabajos que cuando existe un fuerte vínculo moral las personas cooperan en casos de escasez de recursos con mayor eficacia que mediante las leyes de la competencia. Lo que confirmaría que el apoyo mutuo entre los individuos resulta económicamente mejor que la rivalidad de los mercados. Por el contrario, la evidencia constatable muestra que si la autonomía humana se proscribe sustituyéndola por la soberanía de los mercados, se incurre en un riesgo moral que puede derivar en auténticas hecatombes humanitarias. Dos Comisiones de Investigación, realizadas por el gobierno japonés y por el Congreso de EEUU, respectivamente, dictaminaron que tanto la catástrofe de Fukushima como la crisis de las subprime se pudieron haber evitado. Ambas tragedias, según estos dictámenes oficiales, fueron debidas a fallos de personas y organismos que antepusieron el afán de lucro a su responsabilidad ante la sociedad. Una “ignorancia y arrogancia imperdonables” en personas que se plegaron a los intereses mercantiles y la connivencia de los sectores implicados, la industria nuclear y el sistema financiero, con los órganos encargados de supervisarlos, originaron los desastres. La bárbara invasión y ocupación de Irak en 2003 por una coalición militar internacional con las mentiras de las armas de destrucción masiva en poder del régimen de Sadam Hussein fue el primer estallido del nuevo orden programado por el neoliberalismo de mercado del siglo XXI. ¿Qué más pruebas necesitamos para parar al ogro filantrópico que nos canibaliza?

La inclusión en la Constitución Española de la prioridad del cumplimiento con las obligaciones de la deuda (contraída discrecionalmente por los gobiernos) frente al rescate de los ciudadanos, inserta en el derecho positivo al más alto nivel una suerte de pensamiento mítico que consagra a medio plazo el fin de las sociedades humanas en favor del capital financiero. Esta mutación, que reincide en la tradicional prevalencia de las personas jurídicas sobre las personas físicas, proclama al mismo tiempo el ocaso de la política democrática que ejercen hombres y mujeres en su diaria convivencia para encumbrar a la economía del beneficio-lucro privado como la

gran entidad decididora global del siglo XXI. Se trata de una mutación que construye un Estado de Excepción, semaforizador, excluyente, autoritario y jerárquico, que aspira a que la única forma de democracia permitida sea la “democracia de mercado”, en realidad un un parque temático del que los gobiernos son simples franquicias.

La doctrina del capitalismo neoliberal, su alfa y omega, se basa en la supuesta capacidad innata de “autorregulación de los mercados”. Unos entes-enjambre que para sus propagandistas aparecen como seres inteligentes, superdotados, que se autodeterminan sin necesidad de tuteladas externas, por sí mismos, responsablemente. Aunque cuando vienen mal dadas, como en la presente crisis sistémica global, ese purismo económico queda en suspenso y se acude al proteccionismo puro y duro de lo privado por lo público, al mismo tiempo que se dinamitan los mecanismos de protección social. Sublime paradoja que se asume con normalidad gracias a la sesgada gestión gubernamental del aparato del Estado (ora regulando ora des-regulando), al servicio de los intereses dominantes, porque el concepto de “Estado de Derecho” es una contradicción en sus términos. Según el discurso convencional, la economía capitalista no sólo sería el medio más eficaz de asignación de recursos limitados, sino que incluso tendría una dinámica interna autónoma y autosuficiente. Se trata, en resumen, de un dechado de virtudes que viene a ratificar las bondades del sistema y, por lo tanto, a retroalimentarlo y proclamar su gozosa inevitabilidad.

El reciente escándalo de la manipulación del libor (el precio del dinero interbancario) en la city londinense es una muestra en tiempo real de la falsedad del libre mercado immaculado, en este caso en el estratégico sector financiero. Frente a la tesis oficial de la autorregulación (el cruce virtuoso de la oferta y la demanda), las fechorías perpetradas por la gran banca en este penúltimo affaire (una más de la eterna saga: subprimes, activos tóxicos, productos derivados, agencias de calificación irresponsables, supervisores mudos y ciegos, auditorías de parte, morosidad encubierta, blanqueo de dinero, paraísos fiscales, estrangulamiento doloso del crédito, etc.) ponen de relieve que el modelo dominante se cimenta sobre la voluntad de los más fuertes y que los más débiles son sólo un coro de plañideras. El libor (equivalente al euríbor de aplicación en la zona euro) se suele tomar también como referencia para operaciones bancarias al por menor, como concesión de hipotecas, lo que da idea de sus daños colaterales que la manipulación entrafia entre las capas más humildes de la población. Todo esto tiene también aires de profecía autocumplida, ya que aunque la mitología de la autorregulación es falsa de toda falsedad en los hechos, la arbitraria y contundente imposición legal que de ella hacen los gobiernos fidelizados por el Capital logra que al final este espejismo resulte el paradigma oficial.

Sin embargo, la ideología que proclama la soberanía de los mercados-drones se compadece mal con la tesis triunfante en el plano político que reclama la heteronomía de las personas (y no su consustancial autodeterminación) como condición sine qua nom para la armonía social. La representación democrática, o sea la heteronomía de los individuos, el rechazo de la acción directa, la no autorregulación de las personas, es lógicamente la contraparte artificial que compensa el histórico dominio de la economía realmente existente sobre la política al uso. A esta conclusión se llega cuando se extrapola el método concursal oferta-demanda del libre mercado al ámbito de la política bajo el solipsismo reduccionista de la votocracia. Al jibarizar la rica axiología democrática en el coto cerrado de comicios reglados e indirectos, se cumple la Ley de Say en tierra extraña: es la oferta partitocrática lo que crea la demanda entre el cuerpo electoral.

El balance entre esa milagrosa autorregulación de los mercados (vía precios) y la vedada autorregulación de la vida política (vía representación) constituye un déficit democrático estructural, que en momentos de crisis sistémica puede cerrarse en falso con un estadio superior de explotación y pérdida de derechos fundamentales (si en vez de presión popular derogatoria hay claudicación). Este desfase inoculado en los hábitos de conducta de la sociedad civil crea su propia cultura de sometimiento que culmina con la reproducción del modelo económico vigente con un plus depredador ajustado a derecho que lo relegitima más allá de sus propios atributos

fundacionales. La mercancía ocupa el lugar de los hombres y los hombres devienen mercancía, legitimando el proceso como “democracia de mercado”, mientras la representación que intermedia entre ciudadanos y políticos, productores y consumidores, asume el protagonismo parasitario que legitima la dominación.

La expoliación institucionalizada se agrava y se convierte en auténtico rapto democrático cuando entran en acción organizaciones supranacionales, que son las que cada vez más frecuentemente ostentan la capacidad de decisión sobre distintos temas en el mercado globalizado. Entidades como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), capaces de influir diariamente con sus acuerdos sobre la vida de millones de personas en el mundo, carecen de legitimidad democrática, bien sea porque no responden de sus actos directamente ante los ciudadanos o porque el poder se reparte por el peso-cuota de sus miembros o bloques, lo que origina que sea Estados Unidos sobre todo quien lleve la voz cantante por ser el mayor contribuyente al presupuesto de estas organizaciones (la mayoría social de la clase trabajadora es la que más aporta fiscalmente al Estado pero políticamente resulta irrelevante). Asimismo, el derecho de veto de los grandes supone otra restricción democrática. Anomalía que lejos de solventarse parece destinada a perpetuarse si tenemos en cuenta lo que sucedió en el proceso de construcción de la Unión Europea, donde distintos referendos negativos en Holanda y Francia (más el irlandés) fueron ignorados y “rectificados” por las mayorías parlamentarias de los países miembros. Y ese escenario de creciente protagonismo de instituciones internacionales “soberanistas” va a acentuarse porque el Capital necesita resortes de control eficaces ya que la globalización de los mercados tiene como correlato el peligro de contagio cuando una pieza de dicho rompecabezas enferma gravemente. La lógica del mercado benefactor sigue, pues, su curso de arrumbamiento democrático, y fórmulas como el principio de subsidiaridad vigentes en la Unión Europea se convierten en la práctica en señuelos ante la hegemonía de la transposición de las directivas comunitarias. Otro elemento de reflexión más para deducir que la alternativa al sistema, aparte de rotundamente democrática, tiene que ser de capilaridad, abajo arriba y del centro a la periferia, rompiendo la lógica cuantitativa de la escala (los grandes nunca caen se su código de barras) para dinamizar un federalismo reforzado e integrador desde la base deliberativa y participativa.

De la compleja trabazón entre la ficción de una maquinaria económica perfectamente engrasada, sofisticada tecnológicamente y exageradamente eficiente en cuanto a la producción de mercancías y cachivaches, y el terreno casi baldío de una ciudadanía clientelar respecto al modelo productivo e incapacitada para su autogestión, nace la dificultad histórica de la revolución y la reforma. Primero, porque el grado de resistencia que provee la propia inercia del sistema hace que para consolidar cualquier reforma se necesite empeñar casi la misma energía (ni se crea ni se destruye) que para un auténtico proceso revolucionario. En segundo lugar, porque como los dos planos de la transformación social -el político y el económico- se retroalimentan, es muy dudoso concluir un cambio en el plano político que no haya tenido su revalida en el plano económico, y viceversa. Y en tercer y último lugar, y lo más importante, porque al tratarse de mutaciones individuales, colectivas y psicológicas en línea, el tiempo de maduración del cambio en profundidad es lento y accidentado.

Lento y accidentado porque hay resistencias que son metabolizadas a título personal, como la que proporciona la religión, que devienen en notorias fortalezas del sistema realmente existente. Con su prédica de prejuicios y supersticiones, la iglesia institución redimensiona en el plano interno las negatividades esenciales del modelo imperante. Toma del lado económico su ambición de trascendencia creacionista (espuria autoridad moral) y del político su anhelo de heteronomía, al confirmar desde su magistratura “espiritual” el sentido de no autonomía de las personas y el paradigma de la necesidad de un buen pastor que dirija al rebaño (la representación vicaria). Es el dar a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar, que significa tanto como no dar nada a las personas porque para esos están las instituciones y sus agentes, ya que tanto el culto al Cesar como a Dios nacen de la negación de la autonomía individual. Somos “criaturas”, no nos pertenecemos: en las cosas terrenales delegamos en el Cesar y en las espirituales en el Dios creador,

en todo momento nuestros representantes urbi et orbi. Por eso, el último capitalismo neoliberal cohabita con suma facilidad con lo religioso, bajo el modelo blando de los neocons o el más aguerrido de los teocons. Todo ello conforma una suerte de placa tectónica destinada a asfixiar la experiencia propia de los seres humanos y el ejercicio de la memoria colectiva que actuó como disco duro de esa experiencia abortada. Y como somos animales de costumbres, una secuencia prolongada en territorios de dominación y explotación nos aleja de nuestra primera naturaleza y alumbró el “hombre viejo” que habita agazapado en la servidumbre voluntaria. Cornelius Castoriadis lo expresa así: “la institución heterónoma de la sociedad y la institución heterónoma de la religión son de esencia idéntica” (*Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*).

Como de costumbre, en esto España también es diferente, y el análisis sobre el tridente político-económico-religioso tiene en nuestro caso características singulares dentro de su natural y compleja universalidad. En algunos aspectos, eso que Marx llamaba superestructuras, no es igual lo actuado cuando el timón lo tiene la derecha que si el poder de mando está en manos de la izquierda socialdemócrata. Los conservadores españoles suelen ser catetos y rancios hasta el esperpento en materia derechos civiles, moral y costumbres, por la pertinaz influencia de la iglesia católica, y responden sobre todo a los intereses tradicionales de la vieja oligarquía industrial, comercial y agraria. Por el contrario, la izquierda gobernante, favorita ex ante de los sectores progresistas, es más razonable y “aperturista” en asuntos domésticos pero mantiene una relación de estrecha fidelidad y socorro mutuo con el mundo de las multinacionales y el gotha del sistema financiero. La izquierda asimilada es al capitalismo financiero lo que derecha de todos los santos fue al industria. Un tándem casi perfecto, el principio de Arquímedes del statu quo. Porque cuando la derecha es despojada del cetro por su insufrible política reaccionaria el sitio que desaloja automáticamente crea la peana que dará la victoria en las urnas a una izquierda llamada a perpetrar las acciones más regresivas en el terreno económico, por aquello de que al tratarse de “uno de los nuestros” resulta improbable que provoque oposición. El resultado es una base social cada vez más conformista como respuesta al candado ideológico, la versión autóctona del cambiar algo para que toda siga igual concretada en el bipartidismo prevalente, el statu quo económico y el sutil drenaje de los valores democráticos.

Vistos estos condicionantes, el mundo nuevo tendrá que venir después de una larga marcha de resistencia. Con avances y retrocesos. Evitando partir de principios inmutables, “sacralizados”, porque ese condicionamiento podría ser paralizante, pero al mismo tiempo siendo inflexibles en su cumplimiento final, sin ningún tipo de abdicación ni paliativos. Para que esa regeneración sea posible hay que aprovechar lo que los antiguos griegos llamaban el *kayros*, oportunidad crítica, esa coyuntura que puede facilitar la palanca para actuar a contracorriente con alguna garantía de éxito. Como en la crisis que hoy nos encanalla, donde su punitivo correlato de calamidades para las personas está cuarteando la confianza en el modelo hegemónico, y al mismo tiempo favorece una de las etapas históricas en que la deslegitimación del formato político alcanza mayores cotas.

Nos movemos en un terreno resbaladizo, pero no por eso debemos dejar de avanzar hacia esa utopía de justicia, libertad, prosperidad, sostenibilidad y equidad, que hoy más que nunca es posible dado el nivel de desarrollo técnico-científico de la humanidad en conectividad. Pero ese reto conlleva derogar las distopías que nos gobiernan, esos auténticos horrores cotidianos asimilados como moneda de uso común. Así la supuesta bondad e inteligencia de los mercados y la publicitada nulidad e incompetencia de las personas. Como que la guerra trae la paz. Como que la opulencia de la minoría más desarraigada exige el holocausto de la mayoría más humilde. Y además no dejarnos enredar en la propaganda autoculpatoria que pretende anularnos para la lucha por la dignidad porque nosotros somos en algún grado cómplices del sistema, en tanto actores clonados históricamente en sus entrañas. No hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, como dicen al unísono los púlpitos del sistema, porque hace tiempo que ellos expoliaron nuestras posibilidades y confiscaron nuestras necesidades. La emancipación es una tarea de acumulación de fuerzas, de

mareas vivas, de influyentes minorías activas, un imperativo ético que actúa como la gota malaya sobre el pedernal para provocar una incontenible y subversiva marcha verde.

Lo actuado por los gobiernos europeos para gestionar la actual crisis sistémica, al margen de su ideología nominal, poniendo en perfecto orden de combate las armas de destrucción masiva del Capital y el Estado nos ha llevado al errático exorcismo ritual de inmolar a las personas en el altar de los mercados. El futuro, para que exista como realización humana, pasa por rechazar, combatir y vencer el absurdo criminal y ecocida de esa ilógica de personas inútiles e inhumanas y mercados superdotados, inteligentes y con alma. Hay que romper ese siniestro parasitismo del mercado sobre las personas, recobrar nuestra razón de ser como humanos. Como decía un grafitti en el mayo del 68, “si quieres ser feliz, ahorca a tu casero”. Pero, cuidado con los atajos, con las tentaciones totalitarias, las variantes en oferta que no sean radicalmente democráticas sólo escenificaran nuestra posible capitulación como especie racional.